

En una obra de M. Jussieu, que se halla en las memorias de la Academia de Ciencias de París, del año de 1748, se da noticia de como hablaba una niña que habia nacido sin lengua.

El oso Marco.

Desde Renato II, los duques de Lorena tenían un oso en reconocimiento del servicio que el Canton de Berna, que tiene á este animal por armas, hizo á este príncipe, obligando á los demás Cantones á socorrerle contra el duque de Borgoña.

El oso del duque Leopoldo se llamaba Marco. Por el invierno de 1709, un jóven saboyano, que moria de frio en una especie de caballeriza donde una buena muger le permitia acostarse, se entró en la guarida de Marco sin pensar en el peligro que corria. El oso, bien lejos de hacerle daño, le cojió entre sus brazos para darle calor, hasta la mañana que le dejó libre. El saboyano volvió á la noche al mismo paraje, y fué recibido con igual afecto. En todos los siguientes dias este fué su abrigo; pero se admiró aun mas viendo que el oso le habia reservado una parte de su racion. Un dia en que el criado vino á traer á su amo la cena mas tarde de lo regular, se sorprendió de ver al animal lanzar furiosas miradas, y parecer indicarle que no hiciese tanto ruido por no despertar á un muchacho que tenia en sus brazos. Aunque el animal era muy gloton, no hizo caso alguno de la comida que le presentaban.

Se extendió bien pronto la noticia en la corte, y llegó á los oídos de Leopoldo, que quiso ser testigo con parte de sus cortesanos de la generosidad de Marco. Muchos pasaron allí la noche, y vieron con sorpresa que el oso no se movió mientras durmió su huésped. El muchacho despertó al amanecer, y viéndose descubierto y temiendo que le castigasen, pidió perdon. El oso le acariciaba é incitaba á comer de su racion, lo cual hizo mandado por todos los circunstantes que le condujeron al príncipe. Habiendo sabido este toda la historia de tan singular alianza, y el tiempo que habia durado, tuvo cuidado del saboyano, el cual sin duda hubiera hecho fortuna sino hubiese muerto poco tiempo después.

Los viajeros modernos.

Creemos que nuestros lectores leerán con gusto los interesantes detalles y curiosas noticias de la China, que hemos tomado de dos obras publicadas últimamente en Francia, y que han merecido una gran aceptación.

La primera, cuyo autor es Mr. Gutzlaff, nos introduce en el palacio imperial de Pekin, nos pinta su carácter, la vida del último emperador de la China, las costumbres de su corte y las de su predecesor. La segunda, debida á la pluma de Mr. Sirr, añade á las observaciones generales sobre las curiosidades de la China, nociones exactas sobre los establecimientos fundados por los ingleses en los confines de este inmenso imperio á consecuencia del tratado de Nankin.

Las primeras tentativas de los ingleses para entrar en relaciones con la China, datan de mediados del siglo XVI. Precedidos en Macao y en Canton por los portugueses, no podian acomodarse por mucho tiempo en su natural ardiente á semejante rivalidad. En 1596 se embarcaron dos mercaderes para las costas de la China, con una especie de mision oficial, llevando una carta que la reina Isabel enviaba al soberano del celeste imperio en los términos mas obsequiosos y las fórmulas mas pomposas. Esta carta no llegó á quien iba dirigida. El buque que debia conducirla á Pekin pereció en una tempestad. En 1613 se hizo otro ensayo por el comercio británico y se envió otra carta real.

Esta vez llegaron á establecer los ingleses una factoría en el Japon; se acercaron al objeto de sus deseos, y al poco tiempo un atrevido marino, el capitán Weddell, se adelantó resueltamente, con gran asombro de los mandarines, por el río de Canton. Los portugueses eran los únicos europeos á quienes les era permitido, por un decreto imperial, hacer el comercio en esta ciudad. Espantados de la aproximación de los ingleses, hicieron todo lo posible para separarlos, y lo lograron por algunos años en virtud de sus incesantes solicitudes, y principalmente por las hábiles distribuciones de dinero: poderoso medio de seducción así en la China como en Europa. Pero tenían que luchar con una nacion paciente y tenaz, que no renuncia fácilmente á los proyectos que concibe, cuando en ellos están comprometidos sus intereses. Poco á poco se fueron estableciendo los ingleses en Ambay, en Formosa, luego por último en Canton, aceptando con valor, sufriendo con resignación las impertinencias de un gobierno que no designa á los extranjeros sino con el nombre de bárbaros, pagando á título de tributo regular impuestos enormes y otras gabelas accidentales mas considerables todavía. Por espacio

de un siglo la historia del comercio inglés con la China no presenta sino dos largas series de hechos muy tristes: por una parte los actos arbitrarios, las sentencias crueles, las vejaciones de los mandarines; por otra las dolorosas concesiones ó las inútiles quejas de los mercaderes. A cada momento, bajo cualquier pretexto, los funcionarios chinos aparecian con nuevas exigencias, que se resolvian ordinariamente con un nuevo impuesto.

Si los ingleses rehusaban ceder á estos rigurosos apremios, en el momento mismo una órden del gobernador les arrebatava sus criados chinos, les prohibia la entrada en los mercados, y los reducía al hambre.

El tratado concluido en 1713 entre la compañía de las Indias y los magistrados de Canton, da una idea de las precauciones que los ingleses se habian visto obligados á tomar para garantizarse cuanto fuese posible en los confines del celeste imperio la seguridad de su existencia y de su comercio. Exigen en este tratado la libertad de tomar chinos á su servicio, y despedirlos cuando lo tuviesen á bien; la libertad de castigar por sí mismos á los marineros que delinquiesen, en lugar de entregarlos á la justicia espeditiva del país, la libertad de comprar las provisiones necesarias para sus buques y factorías, y la libertad de levantar una tienda en la playa para componerse

bajo de discutirla, y lord Amberst se volvió sin haber sido admitido á la audiencia de su sublime monarca.

A pesar de la fuerza evidente de los ingleses, de las señales maravillosas de su ingenio industrial, de la aparición de muchos de sus buques de guerra y el fausto de la embajada de lord Macartney, que seguramente no indicaba una insignificante nacion, los chinos quedaron infatuados de tal manera de su superioridad, que en 1805, habiendo recibido el emperador algunos presentes de Jorge III, le dirigió la siguiente carta, donde salta de cada palabra una gran insolencia:

«Vuestro reino está á una larga distancia mas allá de los mares, pero vuestra nacion se mantiene fiel á sus deberes. Observa de lejos la gloria de nuestro imperio y admira con respeto la perfección de nuestro gobierno. Nos habeis enviado cartas que nos parecen dictadas con un sentimiento conveniente de estimación y veneración; y para que se cumplan los votos de V. M., hemos resuelto aceptar las ofrendas que habeis hecho depositar á nuestros pies. Por lo que toca á vuestros súbditos que se dedican al comercio en nuestros dominios, os hacemos observar que nuestro gobierno celeste, en su bondad infinita, concede á todas las naciones una mirada de caridad y de benevolencia. Siempre hemos obrado para con vuestros súbditos con excesiva indulgencia y con excesiva afección. No hay necesidad, pues, de que intervengais en nuestras relaciones con ellos.»

Si la China ha tratado constantemente con injurioso desprecio á los europeos, si se ha mostrado, sin razon alguna, mas arrogante é intratable en sus relaciones con la Inglaterra, ahora la Inglaterra le está haciendo espiar cruelmente este error. La Inglaterra le ha llevado el opio, y por la fuerza de las armas le ha obligado á que pague una indemnización á los comerciantes á quienes los mandarines habian quitado esta droga fatal, que M. Sirr llama la maldición de la China: *the curse of China*.

El opio que los buques de comercio trasportan á los mares de la China, y que los contrabandistas estienden por la costa, se carga en la India. El cultivo de la planta (*papaver somniferum*) de que se extrae exige el mejor terreno y continuos cuidados. Los indios, con su naturaleza indolente, no se deciden sino por el atractivo de una ganancia considerable á emprender este trabajo. Los comerciantes compran y pagan adelantada la cosecha á razon de 15 chelines (unos 76 reales) la libra. Por el mes de setiembre ó octubre preparan el terreno; en el mes de noviembre lo siembran. Hay que regarlo al menos dos veces á la semana. A los seis ó siete dias, tiene la planta unas dos pulgadas de alto; á los dos meses y medio está madura.

Se extrae el jugo de ella haciendo varias incisiones en las cápsulas con espinas ó con agujas. Este jugo, que es de color moreno muy bajo, se seca al sol, reducido á una pasta que se dispone en tiras de cuatro ó cinco pulgadas de ancho. Estas tiras, envueltas en unas hojas, se reúnen en cajas de 133 libras, que vienen á ser para los especuladores un objeto de un juego desordenado. En 1846, dos comerciantes de Calcuta, encarnizados uno contra otro en una subasta, hicieron subir el valor de cada caja puesta en venta á la increíble suma de 130,000 rupias. No es posible calcular lo que estas mismas cajas debieron costar al pormenor á los chinos. La compra de este veneno á precios tan fabulosos es una de las primeras causas de ruina para aquellos que desgraciadamente se han creado de esta sustancia una necesidad. El uso que hacen de ella los aniquila moral y físicamente. No hay reciente relacion de viaje por Chi-

na en que no se encuentren dolorosos detalles sobre el fatal estado de los fumadores de opio. Lord Joselin, que los ha visto bajo la influencia de esta malhadada sustancia, los describe de la manera mas característica.

En Singapor, en el centro de la ciudad, hay una calle donde en todas las tiendas se vende este funesto artículo, y por la noche una multitud de chinos acude á ellas para entregarse á su depravado gusto. Los cuartos donde se reúnen para fumar están rodeados de una especie de butacas con su almohada para reclinar la cabeza. La abertura de la pipa en que se introduce el opio no es mas ancha que una punta de alfiler. Un grano de opio, mezclado con una especie de incienso, basta para llenarla. El fumador no saca de ella mas que dos fumadas, y cuando empieza á entregarse á este terrible ejercicio, le bastan dos pipas; pero poco á poco se acostumbra á fumar horas enteras, y los criados del establecimiento están ocupados constantemente en renovar las dosis de opio y en encender las pipas. Después de abandonarse durante algunos dias á esta mortal seducción, el fumador aparece con la cara pálida y el ojo triste. Una vez que contrae el vicio del opio, ninguna consideración de fortuna, ningun sentimiento humano puede separarlo de él. Por satisfacer su pasión sacrificará todos sus intereses, todas sus afecciones de familia.

(Continuará.)



Modas.

sus velas. Exigen además no pagar derechos por los efectos que no pudiesen vender y que volviesen á embarcar.

No puede verse sin sorpresa en los anales de la orgullosa Inglaterra, un contrato tan modesto; y sin embargo, mas de una vez lo violaron impunemente todavía los chinos. En 1785 todas las provisiones entregadas á los ingleses se recargaban de tributos, así como las mercancías que llevaban en sus buques, se vendiesen ó no; y si un hombre de su tripulación cometía una infracción á los reglamentos de policía, se apoderaban de él los chinos, y si el delito era algo grave, quedaba ejecutado al momento.

Las activas y continuas reclamaciones de los negociantes ingleses, determinaron por último al gobierno de la Gran-Bretaña á enviar una embajada á China, la embajada de lord Macartney, la cual costó mas de diez y seis millones de reales y produjo muy pocos resultados; en 1816 fracasó completamente otra embajada confiada á lord Amberst. Este solo consiguió al principio con mucho trabajo la autorización de entrar en Pekin. Luego que llegó, tuvo que detenerse de nuevo por una cuestion de etiqueta. Habiéndose advertido á lord Amberst que se prosternase delante de una imagen del emperador, declaró que no lo haria como un funcionario chino no rindiéndose igual homenaje al soberano de Inglaterra. Semejante pretension por parte de un bárbaro pareció tan exorbitante á los miembros del consejo imperial, que no se tomaron el tra-

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.

gular; el tercero es el peor: tiene sin embargo escenas muy cómicas, y en todos los finales de acto se conserva el interés: el público aplaudió y llamó al autor. La ejecución fué buena.

Esta empresa cuenta con varias comedias originales y traducidas, y con el útilísimo auxilio de una sección de baile muy numerosa, á cuyo frente están la Vargas y Ruiz.

El lunes se abrirá el *Teatro-Francés*; se dice que la compañía actual es mejor que la anterior: sin embargo no hemos visto en la lista ningún artista notable de los teatros de París, y sentimos que haya sido preciso ir á buscarlos á los departamentos.

El día 1.º se abrirá el *Circo*, y probablemente en el mismo día el *Teatro-Real*. Cuenta el primer coliseo con muchas zarzuelas originales y traducidas, y con algunos actores de menos.

El segundo empezará con la ópera *I due Foscari*.

Luego que se abran estos dos teatros habrá en Madrid nueve espectáculos, sin contar las corridas de toros y los bailes campestres. Antes de que las ferias concluyan vendrá á visitarnos algún niño gordo ó algún gigante, ú otra cosa que para verla se necesite comprar billete.

Con tanto espectáculo no es posible morir de fastidio, y el que no se divierta tendrá mucha bilis ó poco dinero.

¡Desgraciado del que reuna ambas cosas!

LOS VIAJEROS MODERNOS.

(Continuacion.)

La China es el país mas poblado del globo, y Canton es proporcionalmente á su estension, la ciudad mas poblada de la China. Segun Mr. Sirt, encierra en su recinto y en sus arrabales un millon de habitantes, sin contar las 300,000 almas que viven acampadas en los barcos en el rio. Fiel á la dinastía de los Ming, trató de resistir la invasion de los tártaros, y después de muchos asaltos fué tomada y reducida á cenizas. Los cronistas refieren que perecieron 700,000 hombres en esta lucha nacional. Sobre las ruinas de la antigua ciudad, glorificada, segun dicen las tradiciones chinas, por cinco genios divinos que bajaron del cielo para bendecirla, se ha visto reedificar poco á poco aquella enorme metrópoli comercial.

La ciudad está rodeada de una muralla de tres leguas de circuito, y dividida por otra muralla en dos partes, de las cuales una se llama la ciudad antigua, y la otra la ciudad nueva. En la primera reside la guarnicion y la poblacion tártara; en la segunda habita una mezcla confusa de individuos que van á establecerse de todos los puntos del imperio.

Por espacio de mucho tiempo ha estado prohibida á los europeos la entrada en estas dos ciudades. Están confinados á un estrecho espacio, entre la muralla exterior y la orilla del rio, con un suelo cenagoso, y no podian, sin esponerse á graves peligros, traspasar el límite, vigilados por una recelosa policía. Desde 1848 tienen mas libertad de movimiento. Pueden aventurarse á recorrer las calles, que presentan un espectáculo bastante curioso; estas son muy estrechas. No circula por ellas ningun carruaje, y hay en ellas, desde por la mañana hasta la noche, tal multitud, que no se puede andar sin ser pisado y molestado por los transeuntes, por los conductores de las sillas de los mandarines ó de los ricos negociantes.

Como en Constantinopla, y en otro tiempo en muchas ciudades antiguas de Europa, cada ramo de comercio, cada clase de artesanos tiene su barrio especial. En uno están los traficantes en té ó porcelana; en otro los que trabajan en marfil, colocados uno al lado de otro en sus elegantes tiendas, cuyos estantes de madera tallada están decorados con rótulos de letras de oro, con linternas de diferentes colores, con sentencias prácticas, tales como estas: «No pierdas el tiempo en vanas palabras.—Géneros excelentes, precio fijo.—Me han engañado, desconfío.»

Si el astuto chino ha sido engañado realmente, no podrá menos que consagrar una inscripcion á este hecho, que es seguramente para él muy extraordinario. Cuando Pedro el Grande autorizó el comercio de los indios en Rusia, uno de sus consejeros le hizo presente el peligro de que entrase esta raza hábil y activa en concurrencia con sus súbditos. «Dejarlos venir, le contestó el czar: muy finos deben ser si aventajan á mis rusos.» Pero mas finos que los rusos y que todos los pueblos del mundo son los industriales chinos.

En aquellas estensas líneas de almacenes y de talleres de Canton, los extranjeros observan, no sin sorpresa, los de los fabricantes de fétetros. La última mansion del hombre no tiene en China nuestro sombrío aparato. Estos fétetros, tallados con sumo gusto, están pintados de encarnado ó de otro color vivo, y los vestidos de luto son blancos. El chino escoge su fétetro cuando se halla en la plenitud de sus fuerzas y de su salud, y consulta á los astrólogos sobre el lugar en que ha de ser enterrado. Por lo demás, sabe que sus hijos honrarán su memoria y visitarán su tumba, por muy lejos que esté situada. La ley religiosa y la ley civil se lo prescriben, y sería castigado severamente el que faltase á este deber de conmemoracion. Los chinos, á la muerte de sus padres, dejan de afeitarse la cabeza, y en tres años no pueden casarse. Cuando ocurre la muerte de un emperador, todas las familias se visten de luto, como si perdiesen á su padre. Por espacio de cien dias los hombres se dejan crecer el cabello, las mugeres abandonan sus adornos, y los altos funcionarios quitan de su bonete ó de su pecho su señal de distincion. Pueblo extraño, que une á las prescripciones mas interesantes las costumbres mas bárbaras, que ve sin piedad á la jóven sufrir con sus piés mutilados, que no le permite sentarse á la misma mesa que su marido, y se inclina delante de ella con respeto cuando es vieja; pueblo extraño, que profesa un culto sin igual á las letras y á las ciencias, que desde hace dos mil trescientos años, con cierta señal de distincion á los descendientes de Confucio, les paga una pension, y que rechaza, con la presuncion grosera de la ignorancia, el saber de los otros pueblos; mundo único en la pluralidad de los mundos terrestres, y planeta aparte en el órden de los planetas de la inteligencia, activo y estacionario, iluminado con sus propios rayos, y rechazando orgullosamente los rayos de afuera.

Canton, á pesar de su movimiento comercial, es una ciudad literaria. ¿Y qué ciudad no ha de ser literaria en un país

donde, fuera de la familia imperial, no hay ni títulos, ni cargos hereditarios; donde la nobleza puramente personal solamente se adquiere por el trabajo; en ese arcano de la caligrafía y en ese eldorado de la ciencia, donde los mas altos empleos están reservados para aquellos que, después de numerosas pruebas, hacen un brillante exámen en presencia del emperador; donde el mas infeliz del pueblo puede obtener por sus estudios, con el título de mandarin, el insigne honor de llevar la túnica de seda, el boton de cristal, y por el mismo hecho de su dignidad ennoblecer, no á sus descendientes, sino á sus abuelos hasta dos ó tres generaciones?

Todos los años se publica en Canton cierto número de obras, que se venden á precios muy bajos, y que pueden leerse por una cantidad insignificante en los gabinetes de lectura. Así como en Europa, el catálogo de las publicaciones nuevas del celeste imperio se compone principalmente de novelas y poesías, y de lo que felizmente no se ve en Europa, de un gran número de libros obscenos, cuya libre circulacion está permitida. Pero al lado de estos bochornosos folletos, indicio de la mas profunda depravacion, ven la luz pública todos los años obras recomendables. Los escritos de Confucio y los tratados de los antiguos filósofos continuamente se están reimprimiendo, y nuevos escritores estienden sin cesar el dominio de la literatura seria. El emperador Khian-Loung habia reunido, dice Mr. Sirt, en su biblioteca, ciento setenta y siete obras sobre la historia de la China, y se calcula que la biblioteca del emperador actual contiene dos millones y medio de volúmenes. Cuando los chinos se ponen á hacer obras, no se quedan cortos. Los enciclopedistas del siglo XVIII, con todo su orgulloso saber, todo su ardor filosófico, no produjeron mas que veintiocho volúmenes en folio; ¡Qué miseria! La enciclopedia china se compone de seis mil volúmenes. Para comodidad del vulgo se ha hecho un modesto compendio de cuatrocientos cincuenta volúmenes.

En esta increíble tarea de los escritores y de las imprentas, en este océano de libros, la prensa periódica está reducida á muy estrechos límites. El sublime emperador de la China, el hijo del cielo, no ha tenido todavía la dicha de ver todas las mañanas millares de periódicos que discutan los actos de su gobierno, ni á los funcionarios destituidos de sus destinos, ni á los candidatos al grado de mandarin defraudados en sus esperanzas erigirse en jueces de sus ministros, condenar sus decisiones y desarrollar con amable satisfaccion las teorías de otro sistema administrativo. Tales goces están reservados á los pueblos que aspiran á alcanzar el apogeo de la civilizacion.

En toda la estension del imperio chino no existe mas que una gaceta, publicada en Pekin, una modesta y pacífica gaceta, que no admite ni el vituperio ni la discusion, que no hace mas que anunciar al pueblo los nombramientos de los funcionarios, los resultados de los exámenes, y los decretos del emperador, cuyos decretos son ejecutados sobre la marcha. En cierto día del año, el poderoso periódico anuncia que ha llegado el verano, y así en el norte como en el mediodía del imperio, sea cualquiera la temperatura de esta ó la otra provincia, luego que se promulga el soberano decreto, todos los chinos deben dejar su gorro de fieltro y sus abrigos, y tomar el vestido de verano. Seis meses después se publica el mismo decreto para el invierno, que se obedece del mismo modo. El despotismo asiático deja siempre muy atrás al despotismo de Europa; no solamente dispone de la suerte de los hombres, sino que manda á los elementos y arregla las estaciones.

A pesar de la severa policía establecida en Canton, tanto para vigilar á los indígenas como á los extranjeros, á pesar de las precauciones tomadas para proteger la ciudad de las maquinaciones de los malhechores, á pesar de las centinelas que vigilan constantemente en lo mas alto de una torre elevada, con cierto instrumento al lado para dar la señal de alarma en caso de incendio, frecuentemente los ladrones, los intrépidos ladrones chinos, logran pegar fuego á un barrio para sacar su botín en el desórden. En el seno de aquellas calles estrechas, y en aquella aglomeracion de casas, construidas á la ligera, y llenas en su mayor parte de materias inflamables, el fuego encendido por el deseo desordenado, hace en poco tiempo estragos terribles. En 1842 uno de estos incendios devoró tres factorías europeas y 95,000 habitaciones chinas. En 1844 hubo un incendio en un teatro, comunicó á las habitaciones vecinas, y segun dicen, perecieron en él 2,000 personas. El virey de la provincia es responsable de estos accidentes, y se castiga segun la estension del desastre. Si se queman mas de diez casas en el distrito de su gobierno, pierde un mes de sueldo; si treinta y una, pierde el sueldo de un año; si trescientas, descendiendo un grado en la jerarquía administrativa. Si pasan de este número se espone á perder el destino, que merece la pena de conservarlo, pues sus emolumentos ascienden á 15,000 taels (448,000 rs.) al mes.

(Continuará.)

MONOGRAFIA DEL SUSPIRO.

No crean nuestras bellas lectoras leer en este artículo el modo de confeccionar ese dulce delicado que se hace con azúcar alfeñicada, y que han bautizado los confiteros con el poético nombre de suspiro; ni tampoco piensen que vamos á ocuparnos de botánica, y á manifestar la forma de la flor que lleva ese mismo nombre, sus propiedades, y método de cultivo: nada de eso; al hablar del suspiro, queremos referirnos á esa tierna emanacion del alma, que se exhala del comprimido pecho con mas ó menos ímpetu, con un sonido mas ó menos pronunciado, y que sin espresarse por medio de un signo, sin formular ninguna palabra, halla eco en nosotros, y su leve manifestacion nos dice mas que las mas sentidas frases, y nos revela á veces la causa que nos lo promueve, con mas verdad acaso que esos signos convencionales por cuyo medio trasmitimos nuestras ideas y pensamientos.

¡Cuán maravillosa es nuestra organizacion! El movimiento mas insignificante de nuestro cuerpo, la menor alteracion del mas ínfimo de sus órganos, el mas leve aliento es causa bastante poderosa para entonar un himno de gracias al Autor y árbitro de la creacion! A falta de la escritura y aun de la palabra, ¡cuántas diversas maneras no tenemos para espresar nuestras ideas y sensaciones!

Sufre el alma pena, ansia, deseo, temor, esperanza, y... se suspira. No es difícil comprender en esa leve alteracion del pecho, en ese apagado sonido, en la espresion del rostro, la sensacion que produce aquel suspiro.

No todos los suspiros se parecen, pues existen diferencias, y hay gradaciones entre ellos, desde el suspiro ahogado, hasta el fuerte y sonoro que llega á estallar en una interjeccion.

La importancia del suspiro ha pasado sin duda desapercibida, cuando no se han escrito gruesos volúmenes para hacerla patente á todos, en un tiempo en que ha sido preciso recurrir á la mecánica y al vapor para prestar mas valor que el que intrínsecamente tiene, y embadurnar su tersa y blanca superficie con líneas negras, largas y cortas, iguales y desiguales. Cuando mas, algun poeta le ha dedicado algunos versos... y por cierto que mas merece un suspiro.

¿Quién pone en duda su poderío?

¿Quién su fuerza de atraccion y de repulsion?

¿Quién su dulzura y benéfico influjo?

¿Quién su amargura y veneno?

¿Quién su inocencia y sencillez?

¿Quién su doblez y malicia?

¿Quién sus traiciones?

¡Ay, sí! Que traiciones, y muchas, van envueltas á veces entre el impalpable soplo de un suspiro!

No á todos es dado establecer la debida distincion entre suspiros y suspiros. Se necesita un estudio especial del corazón humano para distinguir, entre sus leves diferencias, la causa que produce el suspiro.

Y este estudio sube de punto, se hace casi inaccesible á la limitada capacidad humana, al procurar descubrir lo que hay de verdadero ó de falso en un suspiro.

(Continuará.)

UNA HERENCIA.

(Continuacion.)

En seguida Edith, obligada por las preguntas del oficial, pasó á hablar de Muller, de sus niños, de Spiegel, y de la vida modesta, laboriosa, pero agradable, que hacian en Munich. En todas sus palabras aparecia la verdad desnuda y sin celajes, como la rosa al través del cristal del agua trasparente. La sorpresa de Federico crecia por momentos.

—He aquí mis niños, gritó de repente Edith rebosando júbilo y enseñándole á Herman y Margarita, que venian corriendo. Helos aquí, caballero: miradlos bien. ¿No es verdad que no os he engañado? ¿No es verdad que son muy hermosos, encantadores?

Federico examinó la niña con la mas escrupulosa atencion; pero en vano buscó en aquella carita de nácar y rosa una sola faccion, una sola línea, un solo rasgo que recordase el páldo y ovalado rostro del conde Segismundo. Al ver aquella madre tan jóven y tan linda estrechar en sus brazos aquellos dos niños preciosos que se disputaban sus besos, acabó de comprender que sus tias se engañaban.

A pocos pasos del castillo Federico se separó de Edith, que al entrar en casa encontró la sala desierta: Muller habia salido ya. La jóven castellana apoyó sus brazos en una ventana abierta y se puso á soñar despierta con las escenas de movimiento y animacion que Federico acababa de describir á sus ojos, con la nueva existencia que la habia hecho entrever, como si fuera una plaga encantadora. Pocos instantes después el sonido de las trompas vino á interrumpir el curso de sus cavilaciones: era Federico que salia vestido de cazador seguido de una multitud de perros y picadores. Al pasar por debajo de la ventana en que estaba Edith refrenó con la mayor gracia su fogoso caballo, saludó, y partió al galope. Cuando ya iba á desaparecer tras el recodo que formaba una calle de árboles, volvió bridas para saludar por segunda vez á la castellana que le seguía con la vista. Su traje ceñido dejaba ver toda la elegancia de su talle, toda la perfeccion de sus formas: Edith no pudo menos de convenir en que su nuevo huésped era todo un buen mozo.

Los alegres proyectos de Federico hacian sonreír á Edith, cuya gracia y hermosura hacian la admiracion del jóven oficial: este iba poco á poco convenciéndose de que en resumidas cuentas su señor primo podia muy bien no haber sido tan generoso como generalmente se creia. Sin embargo, en el porte y en la conversacion de aquella muger habia un no sé qué de grave, de honesto, de ingenio que le hacia perder la pista y lo embarazaba de una manera estraña. Y es que la castidad tiene un aroma particular, que nadie conoce mejor que los libertinos, difíciles de ser engañados en la materia. Federico habia intentado repetidas veces dar á la conversacion un giro un poco mas vivo, mas picante; pero siempre se habia detenido ante la cándida sonrisa ó la inocente mirada de Edith; tanto, que empezaba á dudar si habria andado demasiado ligero en dar crédito á las aserciones de sus tias; y para saber de una vez á qué atenerse, entró resueltamente á hablar del conde de Hildesheim. A medida que iba hablando miraba con la mayor atencion á Edith, por si podia sorprender en su frente ó en sus ojos la turbacion de ánimo que nace de la falta, ó la tristeza que inspira un recuerdo de ternura. Mas Edith, tranquila y serena, se entretenia en deshojar entre sus dedos de niña una rosa de otoño, que acababa de coger. Por último, decidido á saberlo todo ó á adivinarlo al menos:

—Es preciso, señora, dijo, que convengáis en que el conde Segismundo era el hombre mas galante de nuestro tiempo. Yo lo queria con pasion, y comprendo perfectamente que no os haya sido indiferente.

La única respuesta que Edith dió á esta brusca interpeccion fué contar con la mayor candidez de qué manera habia conocido al conde Segismundo, y cómo solo una vez habia entrado en su casa en Munich. Esta narracion fué hecha con tal sencillez, con tal aire de verdad que Federico se sintió confundido de vergüenza.

—¡Es posible, exclamó; no lo habeis visto mas que una vez! ¡Con que es decir que él mismo se presentó, que se fué sin revelaros su nombre, y que no habeis vuelto á verlo desde entonces!!!

—Nunca en verdad.

—Pues, francamente, repuso Federico, si yo me hubiese